

—¿Has pensado en lo que te dije? —preguntó mi hija, mientras llamaba al camarero para pedir el postre.

—No le hagas caso, Jesús. Sería tú muerte en vida —dijo Rulo, mi perro.

—Si hija, pero necesito más tiempo para pensarlo.

—Papá ¿por qué miras al chucho cuando tienes que decirme algo?

—Será la costumbre, ya sabes que consulto todo con él.

—¡Que tontadas dices a veces, papá!

—De tontadas nada —dijo Rulo—. Él no ira a una residencia mientras yo viva.

—Verás, hija, son muchos años de convivencia. Piensa que antes de Rulo estuvo su madre y antes la

madre de esta... Mira, Maribel, te voy a contar una historia, a ver si así comprendes: cuando tu madre era una niña de meses, tus tíos la tuvieron que llevar desde Valpalmas a Erla, donde vivía la abuela. Entonces, para ir de pueblo a pueblo se atajaba haciendo camino por tupidos montes llenos de sabinares, carrascas y rebollares.

—¿Y qué tiene que ver eso con este chucho?

—¡Deja hablar a tu padre! —Rulo encolerizó y se puso de pie enseñando los dientes—. ¡Y no me llames chucho!

—Escucha Maribel. Y tú, Rulo, calla también. Metieron a la niña en un serón colgado a lomos de un mulo y empezaron a caminar, trago va, trago viene. Cuando avistaron el pueblo, observaron que tu madre no había dado señales de vida en todo el camino. Miraron en el serón y... la niña no estaba. Había un agujero en el fondo por el que la niña debía de haberse escurrido. “¡Como se entere su madre, nos mata! Ya podemos volver atrás” —dijeron.

—¿Y cómo la encontraron, papá?

—Envuelta en la mantita, sana y salva, gracias a Linda, la perra de la casa que los acompañaba. La perra avisó a tus tíos con grandes ladridos y saltos. Pero ellos, con la cháchara que llevaban, no le hicieron caso, en vista de lo cual Linda se quedó al lado de la niña en medio de la noche oscura para protegerla y hasta tuvo que luchar con un zorro que se hallaba en los alrededores, dejándose la piel. Desde entonces, Linda juró que aprendería a hablar para que le entendieran sus dueños y así lo hizo, dejando ese legado a toda su descendencia.

—Entonces papá ¿crees de verdad que Rulo habla?

—Sí, claro. Ya lo entenderás cuando seas vieja, si tienes un perro.

—Bueno, bueno, papá, me voy a casa. Y piensa en eso que te he dicho ¿vale?

Cuando se quedaron solos, Jesús le dijo a Rulo:

—Últimamente los ángeles vienen mucho a preguntarme si estoy listo.

—¿No pensarás en dejarme?

—Les estoy dando largas, pero de este año no pasa que tienes que aparearte. Piensa en tu legado, la raza de los perros habladores no debe extinguirse.

